

Newton Compton Editores

Todos los personajes y hechos históricos a los que se hace referencia en esta novela se representan de manera ficticia. El resto de personajes y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *The Queen of Paris*

© 2020, Pamela Binnings Ewen

© 2024, de la traducción por Marta Carrascosa Cano

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: febrero de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-77-4

Código IBIC: FA

DL: B 16.878-2023

Composición:

Sergi Godia

Diseño de interiores:

David Pablo

Impreso en febrero de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Pamela Binnings Ewen

La reina N°5

La novela de Coco Chanel

Traducción de Marta Carrascosa Cano



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

*A mi padre,
el teniente Walter James Binnings,
capitán de los buques torpederos 279 y 281
durante la Guerra del Pacífico, Segunda Guerra Mundial*

*«Dadles embarcaciones rápidas,
porque están condenados al peligro.»*

*Yo, Coco Chanel, he descubierto
la primera regla para sobrevivir:
no confíes en nadie que no seas tú mismo.*

Prólogo

París, plaza Vendôme

Otoño de 1944

Hubo una vez en la que tuve todo París a mis pies, también Europa. El mundo era mío. Incluso después de que cerrase la Casa Chanel en 1939 en un arrebato, mi brillante N°5 seguía vendiéndose, hasta que Pierre me lo robó. El N°5 era perfección. Creó mi leyenda, iluminó mi mundo como una estrella resplandeciente en el universo ingrátido por la pura gracia de unos poderes desconocidos. Ese perfume llevaba mi nombre, me hizo famosa y, hasta ahora, más rica de lo que jamás había soñado. Al igual que yo, el N°5 tiene el poder de quedarse –el *sillage*, la persistencia– como un fantasma del aroma que permanece en el aire incluso después de que la sustancia desaparezca. El problema es que esa fragancia despierta recuerdos, en mí y en otros, y no todos son buenos.

He hecho cosas horribles. Pero la verdad es que no tuve elección. Y siempre entendí el riesgo. Aun así, nunca pensé que este momento llegaría. Los alemanes han abandonado París y no habrá absoluciones de última hora, no para mí. Basta con preguntar a la multitud que aúlla en la plaza Vendôme. Ayer lo vi desde mi apartamento en el Hotel Ritz, observé a través de las cortinas de encaje cómo unos malhechores desnudaban a una joven hermosa. Creo que la conocía. Pero ¿dónde está ahora su amante de las SS? Allí estaba, desnuda, mientras le

afeitaban su bonita cabellera. La multitud, rabiosa, vitoreó cuando le grabaron a fuego una esvástica en la frente.

Oh, aún puedo oír sus gritos.

Hoy hay gente abajo en las calles, no puedo creer lo que ven mis ojos: un grupo de mujeres a las que han atado con una cuerda. Las llaman «colaboradoras horizontales», las «colabos». Lloran, ruegan, suplican. Pero ahora que los nazis se han ido es la hora de la venganza.

Esto es la purga.

Luego vendrán a por mí. Tiemblo como una cobarde al pensar en ello. Cuando vengan, caminaré en lugar de que me arrastren, aunque ya no quede nadie a quien le importe. Al fin y al cabo, soy mademoiselle Chanel. Tal vez se olviden de mí. Tal vez llame abajo para pedir una taza de té. Tal vez sea la última.

La vida es extraña. Uno pensaría que una estrella tan brillante como el N°5 podría haberme elevado hacia la luz en lugar de arrastrarme hacia esta oscuridad. Supongo que todo comenzó con la traición de Pierre.

O quizá mi caída empezó antes, con André.

**PRIMERA
PARTE**

Capítulo 1

Francia, región de la Provenza

Primavera de 1940

En esta mañana de principios de mayo, Cannes, vieja y densa, que sigue siendo la reina rococó de la Costa Azul, es una paleta de colores pastel apagados. La primavera ha llegado a la Provenza y la luz es radiante, tiñe la ciudad con un resplandor color albaricoque. Al otro lado del bulevar, la playa es de arena blanca y las motas de oro brillan en el mar de color verde. En la Costa Azul jamás se diría que el puño de hierro del Reich ya se cierne sobre Checoslovaquia, Polonia, Noruega y Dinamarca. Pero los rumores dicen que vienen hacia aquí.

Gabrielle Chanel –Coco para la mayoría– no cree que eso sea cierto. Se sienta a una mesa a la sombra frente al bulevar, de cara al mar, con una taza de té frente a ella, como hace casi todas las mañanas cuando está en La Pausa, su villa en la costa. Mira a su alrededor y respira el aire fresco y salado. Es agradable alejarse de París durante un tiempo, de la tensión de la guerra, de la incertidumbre de lo que vendrá después y de las hordas que invaden París desde los pueblos y las granjas de cerca de la frontera alemana. Cuando se den cuenta de que la emigración no sirve de nada, volverán corriendo a casa y entonces París volverá a la normalidad.

Coco no está preocupada; solo está molesta. Hace nueve meses que Francia le declaró la guerra a Alemania y desde entonces no ha ocurrido nada. Al menos, no aquí, en la Riviera. Coco

cree que es una guerra falsa. Incluso el duque y la duquesa de Windsor siguen viviendo no muy lejos de aquí, en Cap d'Antibes. Si una invasión alemana fuese inminente, David sería el primero en huir a pesar de su amistad con el Führer alemán. El antiguo rey de Inglaterra –Eduardo VIII, David para su círculo íntimo– no oculta su admiración por Hitler. Y, después de que David abandonase el trono por la mujer que amaba, el Führer lo acogió en Berlín con todos los honores. Pero hacer frente a una guerra de verdad es otra cosa. David no es ni de lejos tan duro como Wallis; los agradables modales y el pulido aspecto de la duquesa esconden una fuerza mental afilada como una aguja que, cuando es preciso, porta el aguijón venenoso de un escorpión. Coco ha visto a Wallis degollar a otras mujeres cuando se acercan demasiado a David.

Aun así, la mayoría de los hombres y, al principio, muchas mujeres se enamoran del camuflaje de Wallis. Incluso el complicado ministro de Asuntos Exteriores de Hitler, Von Ribbentrop, se enamoró de ella. Al menos, ese fue el rumor. Le envió a Wallis un ramo de claveles rojos todas las mañanas durante los meses anteriores a su boda con David, incluso cuando Gran Bretaña se agitaba por el escándalo de la abdicación de David.

Coco arruga la nariz, pensativa –¿por qué claveles y no rosas?–, mientras recorre con la mirada el amplio bulevar que tiene a su izquierda, la playa al otro lado y después el agua. A través de la brillante bruma del sol, vislumbra la silueta de una goleta anclada lejos de la costa. Se hace visera con la mano abierta sobre los ojos y mira el barco. Por un segundo, piensa que se trata del *Flying Cloud*, uno de los yates de Westminster. Pero, naturalmente, eso es imposible.

La última vez que estuvo a bordo del *Flying Cloud* fue en un día de primavera igual que este, hace años. El yate pertenecía al hombre más rico de Inglaterra, Hugh Richard Arthur Grosvenor, el duque de Westminster, Bendor para los amigos. Esa

mañana había estado de pie en la cubierta principal disfrutando de las vistas, con el agua del puerto inmóvil como el cristal. Observaba las numerosas embarcaciones pequeñas que había ancladas entre el *Flying Cloud* y la playa. Bendor se acercó por detrás y le dio un beso en la nuca, lo que sorprendió a Coco. Y luego, apoyándose en la barandilla, miró hacia el puerto y le dijo que tenía algo importante que tratar con ella. Enseguida supo lo que estaba pasando.

«Así que...».

Por fin haría la pregunta. Había decidido que le haría esperar hasta darle una respuesta tras sus propios años de espera. Al fin y al cabo, se trataba de un derecho femenino. Debía sufrir por el retraso, al menos un poco.

Llena de placer y con la sensación de que ahora tenía el futuro asegurado, se quedó en silencio a su lado mientras él reflexionaba. Pero después de las primeras palabras tuvo que apartarse mientras él le anunciaba, feliz, que le había pedido a una encantadora dama inglesa que fuera su esposa y ella había aceptado. Bendor había apoyado una mano en el brazo de ella y le había dicho que estaba deseando presentarlas. Oh, sí, la amante y la futura esposa.

En ese instante, la humillación se apoderó de ella y cada músculo de su cuerpo se tensó mientras asimilaba la noticia. ¡Bendor se casaba con otra en vez de con Coco! Su amante se casaba con una rosa de Inglaterra. Una mujer que, al contrario que Coco, había nacido en el lado correcto de una línea invisible. La misma línea que había impedido que Coco asistiese a galas públicas y fiestas privadas del brazo de Westminster. La misma línea que le impedía entrar en el prado para caballos de los hipódromos con él o en los palcos del duque en la ópera y el ballet.

Ahora, al recordar ese momento, le tiembla la mano mientras agarra la taza de té. Bendor la miraba feliz y expectante a la espera de su enhorabuena, mientras a ella le daban vueltas los

pensamientos y la furia se le acumulaba en el pecho. Apoyó los brazos en la barandilla del barco, respiró hondo y luchó por calmar la rabia. Recuerda que, con el paso de los minutos, sus pensamientos se centraban en las cosas más sencillas: el sol calentándole los hombros, los bañistas corriendo por la misma playa de Cannes y chapoteando donde el agua era poco profunda...

Sin pensárselo dos veces, se llevó la mano al lugar donde él le había besado la nuca y se quitó de un tirón las perlas que le rodeaban el cuello: perlas grandes y cremosas, perlas de un valor incalculable, un regalo de él. Emitió un sonido que salió desde el fondo de su garganta. Bendor, que se dio cuenta de golpe, había estirado la mano en el mismo instante en que ella se inclinaba sobre la barandilla y arrojaba el collar al mar. Había soltado un rugido.

Los ojos de Westminster se abrieron de par en par y, presa del pánico, se giró y gritó: «¡Todos a cubierta! ¡Todos tenéis que saltar!». Incluso cuando comenzó el bullicio —silbidos, el ruido de zapatos corriendo, los aullidos de Bendor—, también dejó caer los brazaletes de esmeralda de sus muñecas y, como si se tratara de un sueño, vio a todos seguir las perlas hasta las aguas profundas y oscuras.

Ahora sonrío para sí misma mientras toma un sorbo de té. El tiempo no cura todas las heridas, pero eso fue hace mucho tiempo.

—¡Mademoiselle!

Se sobresalta cuando un grito a lo lejos irrumpe en sus pensamientos y el *Flying Cloud* desaparece.

Coco levanta la vista, entornando los ojos a través de la luz del sol, para ver a alguien que se acerca a toda prisa por la acera. ¡Charles Prudone! ¿Qué hace aquí? El director general de la Casa Chanel debería estar ocupándose de sus asuntos en la Maison de París, no corriendo por el bulevar en Cannes. Puede que su línea de alta costura esté acabada, pero todavía hay un

pequeño equipo en la Rue Cambon vendiendo perfumes y cosméticos. Se echa hacia atrás, a la expectativa. A decir verdad, nunca había visto al director moverse tan rápido.

–Esperaba encontrarla aquí –jadea al llegar hasta ella, apoyándose en el borde de la mesa.

Alza una ceja y sonríe.

–Buenos días, director Prudone. –Observa que lleva el traje y la corbata desarreglados, como si anoche se hubiese acostado con la ropa puesta. Está sonrojado y respira de forma entrecortada y superficial–. Siéntese, por favor. –Le señala la silla–. ¿Qué le trae por Cannes?

–Traigo una carta, mademoiselle. –Desde el otro lado de la mesa, le entrega un sobre–. Es urgente, así que me he tomado la molestia de viajar en el tren nocturno. Acabo de llegar de la estación.

Ella acepta el sobre y estudia el remitente. Se la envía Georges Baudin, director general de la fábrica de perfumes de Neuilly, la cual produce sus fragancias.

–Entregaron la carta ayer.

Monsieur Prudone se saca un pañuelo del bolsillo y se seca la frente. Se quita el sombrero y se deja caer en la silla.

En silencio, Coco abre el sobre y saca la carta. Escudriña la hoja y, con los labios apretados, empieza a leer despacio. ¡Imposible! El corazón le da un vuelco. Levanta la vista y mira al director. Esto no puede ser verdad.

De repente, consciente de que Prudone la está mirando fijamente, mantiene la mano quieta, dobla la carta por la mitad y la vuelve a meter en el sobre. Observa a un gato amarillo que está sentado en la acera que hay detrás del director. El gato se retuerce, lamiéndose la cola cortada, despacio, como si el paso del tiempo no existiera.

Pero el paso del tiempo existe, y si lo que dice esta carta es correcto, debe actuar de inmediato. El gato se estira y salta a

la acera, lo que sobresalta a Coco justo cuando capta un destello verde con el rabillo de su ojo y un coche vuela al doblar la esquina. Deja caer el sobre en la mesa mientras el felino se escabulle bajo las ruedas; los neumáticos chirrían, suena el claxon y el coche pasa a toda velocidad.

Prudone se vuelve, siguiendo su mirada. Pero tanto el coche como el gato han desaparecido. Coco mira fijamente hacia el lugar, pero la calle está desierta.

El director la mira.

—¿Se encuentra bien, mademoiselle?

Ella asiente. Hace señas al camarero con la mano justo cuando el hombre aparece a su lado con una servilleta limpia de lino blanco doblada sobre el brazo. El camarero levanta las cejas inclinándose hacia ella.

Ella señala.

—Había un gato justo ahí, en ese mismo sitio, cuando el coche ha doblado la esquina. —Se vuelve hacia él—. ¿Me lo he imaginado?

El camarero se incorpora y sonrío.

—¿Acaso era un gato amarillo con solo media cola, mademoiselle?

Ella asiente, sigue atónita.

—Pues sí, creo que tiene razón.

El hombre cruza los brazos sobre el pecho.

—Entonces ha presenciado uno de los mejores trucos de La Bohemia. Desaparecer. —Muestra el labio inferior y se encoge de hombros—. Escapa a todas las calamidades. Es un truco de gitanos, como la magia.

Con un suspiro, Coco vuelve a mirar la carta que tiene delante. Ahora le vendría bien un poco de magia.

—¿Traigo otra tetera? Este té ya debe de estar frío.

—No, gracias. —Le hace un gesto para que se vaya—. Estoy bien.

El camarero se vuelve hacia Prudone.

—¿Algo para usted, monsieur? ¿Un aperitivo? ¿Té?

El director sacude la cabeza y mira el reloj.

–Hoy no. No tengo tiempo. –Mientras el tipo se marcha, se vuelve hacia Coco–. La carta. ¿He traído malas noticias?

–Sí, monsieur Prudone, en efecto son malas noticias. Pero ha hecho bien en venir. Es un asunto urgente.

Abre la boca para hablar, pero ella levanta la mano.

–Silencio, por favor. Tengo que pensar.

Su respuesta debe ser rápida y fatal para Pierre. Debería haber sabido que Pierre Wertheimer, ahora que se ha trasladado de Francia a América, haría una jugarreta como esta. Dijo que se había ido para escapar de las amenazas de guerra de los alemanes, ¡y ahora llega esta carta! Desde el día en que crearon juntos la Société Mademoiselle para vender el N°5, allá por 1924, ha tenido que luchar para proteger sus derechos sobre su perfume y su nombre.

Qué tonta fue. Pero cuando se conocieron ella estaba empezando a tener éxito con sus vestidos en la Maison de París y acababa de crear el N°5, y Pierre, con todo su dinero y sus enormes empresas de perfumes, quería invertir. Y su empresa, Lenthal, poseía una fábrica en las afueras de París, preparada para producir y distribuir su perfume de inmediato. La idea de una sociedad entre ellos le había parecido un sueño.

Hicieron un trato y ella acabó quedándose con solo el diez por ciento de las acciones de Société Mademoiselle, dejando el control a Pierre y a su hermano Paul. En aquellos comienzos, era una novata en el negocio de los perfumes y concentraba su energía en labrarse un nombre en la alta costura, dejando los detalles del acuerdo a Pierre. Y él, tan elegante, exitoso y rico, parecía muy sabio. Él se encargaba de todos los contratos, de todos los aspectos legales en los documentos finales, y ella no hubiera entendido que no tuviese en cuenta sus intereses.

Bajo las pestañas, estudia al director. Necesitará su ayuda y deberá confiar en él. No confía en nadie. Sin embargo, lleva

años con ella. Comprende el valor de la discreción, sobre todo en el competitivo mundo de la moda y la perfumería. Y es plenamente consciente de que la discreción es una condición constante del empleo.

Coco junta las manos y le mira con atención.

–He de confiar en usted, director Prudone. –Espera un momento. Cuando él asiente, ella continúa–: Parece ser que mi socio es un ladrón.

–*Pardon?* –Sus ojos se abren de par en par–. ¿Está hablando de monsieur Wertheimer?

–Sí. ¡Sí!

Respira hondo y se esfuerza por contener la furia.

Entre los ojos del director se forma una profunda línea. Se inclina hacia delante como si alguien pudiera estar escuchando y baja la voz.

–Pero tengo entendido que monsieur Wertheimer, su hermano y sus familias se trasladaron a América hace unos meses. –Inclina la cabeza hacia un lado–. A Nueva York, si mal no recuerdo.

–Sí. Emigraron.

Después de que Hitler invadiera Polonia, Pierre pensó que las familias judías estaban condenadas. Pensó que la guerra falsa era real. Levanta el sobre y lo utiliza para abanicarse.

El director balbucea:

–Pero qué...

–Según monsieur Baudin, Pierre ha tomado... no, Pierre Wertheimer ha robado mi fórmula del N°5 de la fábrica.

–¡Robado! –Prudone aparta la mirada–. Siempre lo he considerado un caballero. ¿Está segura de que no hay ningún error, mademoiselle?

–Sí, monsieur Prudone. Estoy bastante segura. Al parecer, Alain Jobert, mano derecha de Pierre, llegó a Neuilly desde Nueva York hace dos días con un apoderamiento escrito e instrucciones de Pierre para entregarle la fórmula de Chanel

Nº5. –Hace una pausa y se acaricia las perlas–. Monsieur Baudin dice que no tuvo más remedio que obedecer. Alain Jobert se marchó con la fórmula de mi perfume máspreciado en su maletín.

Por fin, la expresión de Prudone reconoce todo el significado de sus palabras. La fórmula ha sido robada. La fórmula del Nº5 nunca ha salido de la cámara acorazada de Neuilly, porque la fórmula de un perfume, al igual que las recetas del mejor chef, depende totalmente del secreto. La combinación de esa bóveda solo la tienen tres personas: Coco, Pierre y Georges Baudin.

Por supuesto, como no se fía de nadie, Coco también tiene su propia copia de la fórmula en su cámara acorazada de la Maison.

Prudone sacude la cabeza.

–¡Monsieur Wertheimer es un ladrón! Mademoiselle, ¿cómo es esto posible sin su consentimiento?

–No es tan difícil de entender. A veces, Alain Jobert es bastante intimidante.

Sonríe con amargura.

–Pero todo el mundo sabe que el Nº5 es suyo. La fórmula es suya.

Sí –escupe–. Pero, como monsieur Baudin me recuerda en esta carta, Pierre Wertheimer controla la compañía.

Prudone muestra una expresión de desconcierto a medida que su voz se suaviza hasta convertirse en una calma conciliadora.

–El robo será en vano, mademoiselle. El mundo sabe que usted creó el Nº5. El perfume lleva incluso su nombre. Y el Nº5 siempre se ha producido en Neuilly. ¿Qué provecho podría sacar monsieur Wertheimer de la fórmula en América?

De hecho, esa es la pregunta.

De pronto, las cosas se empiezan a esclarecer. Pierre no piensa volver nunca a Francia. Solo se atrevería a sacar la fórmula del Nº5 de Neuilly por una razón: planea producir el perfume en

América. Es su oportunidad para librarse de las quejas de ella de una vez por todas. Trasladará su negocio a Nueva York, dejando atrás a Coco. Nunca volverá a Francia. La dejará fuera mientras esté atrapada en Europa por la amenaza de la guerra. Sin importar el resultado con Alemania, él la abandonará.

El N°5 siempre se ha producido en Neuilly. ¿Por qué otro motivo Pierre habría sido tan astuto, tan reservado, al enviar a Alain en lugar de hablar con ella del cambio? Al comprender la traición de su socio, Coco golpea la mesa con la mano y Prudone se estremece. Nadie sabe hasta qué punto depende de los ingresos del perfume. Sí, tiene ahorros en forma de oro e inversiones en su cámara acorazada de Ginebra. Pero desde que cerró su línea de alta costura el año pasado tras la huelga de trabajadores el N°5 se ha convertido en su principal fuente de ingresos.

Levanta la barbilla.

–El N°5 es mío, monsieur Prudone. La fórmula es mía. Soy la socia creativa de la empresa. El N°5 fue mi primera fragancia, pero es la mejor. La compuse tras años de planificación y meses de trabajo en los fríos laboratorios de Grasse.

Esta vez, Pierre lo ha conseguido. Porque, incluso si quisiera volver a poner en marcha su línea de alta costura, debido a los estragos de Hitler en otras partes de Europa, ahora mismo es casi imposible obtener suministros y telas. Desde que Francia declaró la guerra a Alemania, hasta las fábricas de tejidos francesas han sido requisadas para la guerra falsa. Chasca la lengua al pensar en las sedas, lanas y linos perdidos.

«No fue la guerra lo que te hizo echar el cierre. Fue tu temperamento, Coco».

«Bueno, eso no fue culpa mía».

La habían obligado a cerrar la Casa Chanel, sus manitas –sus costureras– se unieron a las turbas comunistas en la huelga de trabajadores del año anterior, exigiendo más de lo que ya habían

sacado de su mademoiselle. Oh, fueron malos tiempos, matones derribando preciosos monumentos, atacando a empresas y a empresarios como ella. Ella, que sacó a esas chicas de la calle y las formó, pagándoles buenos salarios. ¡¿Cómo se atrevían a atacarla sus costureras prohibiéndole el paso a las puertas de su propia Maison?!

¿Es de extrañar que las despidiera a todas?

Dijeron que había actuado por despecho.

Aunque lo cierto es que, en aquel entonces, también fue una buena decisión de negocio. Los ingresos del N°5 ya estaban eclipsando las ventas de sus vestidos.

¿Y ahora? Este robo no es más que otro de los intentos de Pierre por desbaratarle el negocio. Durante años se han peleado por sus perfumes, por cada detalle del diseño, la distribución, el marketing y las ventas. Puede que no sea la propietaria de la mayoría de las acciones de la Société Mademoiselle, pero los únicos activos de la empresa son los perfumes de Coco Chanel y algunos cosméticos. Su talento creativo es más importante que el número de acciones que posee. Este robo, este intento de apartarla de la empresa, es la gota que colma el vaso. No permitir  que Pierre gane.

Y así la asalta una idea. Un plan tan lógico que casi sonríe.

Société Mademoiselle es una empresa francesa que se rige por las leyes francesas, no por las de Estados Unidos. Y esta empresa francesa posee los derechos de producción del N°5, no Pierre. Presiona los labios. Cualquiera tribunal de justicia de Francia dictaminará que, con Pierre en Estados Unidos por tiempo indefinido y Coco en Francia, es asunto de mademoiselle proteger los activos más valiosos de la empresa.

Llevar  el caso a los tribunales de inmediato. Argumentar  la necesidad moral y legal de controlar la empresa. El N°5 es un tesoro francés. Y, como reconoce el director, tanto la empresa como el perfume ya llevan su nombre. Sí, este plan funcionará, si

no es por un motivo será por otro: con Hitler en marcha, Pierre no se atreverá a volver a Francia para luchar ante los tribunales.

Al otro lado de la mesa, el director Prudone espera en silencio, con el ceño fruncido, mientras sus ojos recorren el panorama que hay detrás de ella.

–¿Monsieur Prudone?

Pone la voz sedosa mientras se inclina hacia el director.

–A su servicio, mademoiselle.

–Debemos ponernos manos a la obra.

Primer paso: detener la producción de su perfume en América. Para empezar, comprará todos los suministros de jazmín que queden en la Provenza, cerrándole el grifo a Pierre. El jazmín cultivado en la Provenza es un ingrediente esencial del N°5. El jazmín de cultivo extranjero proporciona un aroma menos intenso. Los sintéticos lo destruirán. Segundo paso: utilizará el jazmín comprado para producir la fragancia en Neuilly. Venderá el perfume por toda Europa hasta que se resuelva la política en el continente. Y entonces competirá con Pierre a nivel mundial. Al fin y al cabo, el N°5 es Chanel.

Y tercer paso: si es necesario, recurrirá a los tribunales.

Lo observa por debajo de los párpados. Por ahora, solo le dirá al director lo que necesita saber.

–Como mi emisario, irá a Grasse esta tarde. Comprará en mi nombre todas las cantidades de jazmín que todavía estén disponibles en el mercado de esta región.

Frunce el ceño.

–¿A Grasse?

–Sí, a Grasse, la capital mundial del perfume. –Coco mueve la mano en dirección norte–. No está lejos, a unos treinta minutos de Cannes. Como sabe, para el N°5 solo utilizamos el mejor jazmín, que solo crece en esta región. La mayoría de los floricultores de aquí venden sus cosechas a los químicos de Grasse. Ahora tenemos que darnos prisa. La cosecha de

jazmín empieza pronto y llegamos tarde al mercado. Por suerte, Grasse es una ciudad pequeña. Hay que visitar a todos los representantes de las compañías de perfumes.

–Pero, mademoiselle...

–Tengo que hacerme con todas las existencias de jazmín que queden a la venta. Lo que queda de nuestro suministro del año pasado está almacenado en la fábrica de Neuilly. Si a Pierre se le acaba de ocurrir la idea de robar la fórmula y producir el N°5 en Nueva York, es probable que aún no haya pensado en obtener un nuevo suministro de jazmín. Le ganaremos. A pocos meses de la cosecha, ya llega tarde. –Y añade–: ¿Está claro?

Prudone se quita el sombrero encogiéndose de hombros.

–Había pensado en volver a París esta tarde, mademoiselle. Para volver a trabajar en la Maison mañana por la mañana.

–No, no, no. Le necesito aquí. –Hace un gesto con la mano hacia la concentración de hoteles blancos que hay en el bulevar detrás de él–. Reserve una habitación en el Majestic y que la carguen a mi cuenta, y contrate un coche y un chófer. Este negocio es más importante.

–Pero monsieur Wertheimer...

–El N°5 es mío, monsieur Prudone. La fórmula es mía. –Pasa los pulgares por debajo del cuello de la blusa, crispándola y alisándola–. El perfume fue mi inspiración original, significa Chanel para todas las mujeres del mundo y para las generaciones venideras. No permitiré que Pierre me lo arrebate.

Prudone se lleva la barbilla al pecho. Ella lo interpreta como una señal de que está de acuerdo.

–Yo elegí cada ingrediente del N°5. Hay más de setenta en esa fórmula, monsieur director, combinados por un químico según mis indicaciones exactas. –Se toca la punta de la nariz–. Tengo talento para el olfato, ¿sabe?

De nuevo, asiente.

–Tengo la nariz del mundo, monsieur.

–Es usted una artista.

Nunca ha pensado en ella misma como una artista. Pero con este perfume tal vez.

–El N°5 es un icono. Es Francia.

«Y sin él pronto los gastos superarán los ingresos y mis fondos menguarán».

Prudone hincha las mejillas con aire y luego exhala.

–Lo comprendo. Por supuesto, el N°5 es un icono. Sí, iré a Grasse. Pero ¿qué hará con todo el jazmín después de comprarlo, mademoiselle?

Le dedica una pequeña sonrisa.

–He decidido hacerme cargo de Neuilly y del negocio. Produciré el N°5 sin Pierre. Ahora mismo lo que más me preocupa es asegurarme un abastecimiento adecuado, en caso de que la guerra falsa con los alemanes se convierta en real.

–Eso puede ser un poco difícil. Es probable que las cosechas del verano estén vendidas.

Coco le mira con severidad.

–Compre lo que tenga a mano. Y si los cultivos están apalabrados, ofrézcales pagar los costes por romper los contratos que tienen. Tiene mi autoridad para ofrecer el doble de lo que están recibiendo. –Prudone frunce el ceño, pero ella sigue–. Recuérdeles que consideren el futuro. Recuérdeles que usted representa a la Casa Chanel. Y que no tienen nada que perder porque mi oferta les garantiza un beneficio inmediato en una época incierta.

–¿Y monsieur Wertheimer? –Prudone sacude la cabeza–. Oh, esto dará que hablar, mademoiselle.

–Si alguien menciona a Pierre, puede informarlos de que Pierre Wertheimer está en América y que yo estoy aquí y hay un océano y una guerra entre nosotros. Ahora tendrán que tratar conmigo.

Tras dudar un instante, asiente.

–Tal vez esta sea la verdadera guerra, mademoiselle.

Ella ladea la cabeza.

–Quizá todo en la vida sea una guerra, monsieur director.

Vuelve a sentarse, alisándose los dedos de los guantes de uno en uno.

–Haga que los vendedores de Grasse preparen sus contratos para que los revise mañana. Debo tener el jazmín de forma inmediata.

Pero el director sigue dudando.

–Mademoiselle, estamos discutiendo la compra de acres y acres de flores. No estoy seguro de que sea posible enviar tal cantidad en estos momentos, ya que los trenes de carga han sido reclutados por el Gobierno para el esfuerzo bélico.

Apoya los codos sobre la mesa.

–Veo que he descuidado su educación, monsieur Prudone. Por supuesto, no enviamos las flores. Los químicos de Grasse extraen la fragancia de las flores. –Suelta una pequeña carcajada–. He de darle lecciones sobre perfumes. El producto final, el aceite extraído de las flores, el absoluto, se almacena tras la extracción en pequeños frascos de cristal de un kilo. Un kilo de absoluto de jazmín contiene el aceite de muchas hectáreas de flores. –Levanta un hombro–. Su transporte a Neuilly no supone ningún problema.

Prudone se sonroja.

–Por supuesto. Debería haberlo sabido.

–Sin ventas de alta costura, monsieur director, seguro que comprende la importancia que tiene dar este paso para la Maison. –Su voz se vuelve severa–. Asegúrese de que Grasse también lo entiende. Grasse tiene que darse cuenta de que mademoiselle Chanel exige lealtad a cambio de nuestro negocio.

–Sí, mademoiselle.

«Piénsatelo dos veces, Coco. Pierre creyó en ti desde el principio, cuando aún eras un riesgo, cuando la Casa Chanel era

nueva y no estaba consolidada. ¿Recuerdas cuando te regaló el primer frasco de N°5 producido tras la creación de la Société Mademoiselle?».

Ese primer frasco aún está en su caja fuerte de la Rue Cambon.

Fue hace años y Pierre ha cambiado. Si ella no actúa con rapidez, él la destruirá. No permitirá que eso ocurra. Nunca volverá a su antigua vida, a lo que era.

El antiguo miedo se apodera de Coco, de Gabrielle, la niña que una vez fue, abandonada, de rodillas, fregando el suelo de piedra del pasillo de una abadía en lo alto de la montaña de Aubazine, con las manos en carne viva. Casi puede oler el jabón amarillo. Casi puede sentir el frío glacial del lado norte del edificio donde vivían las niñas acogidas por la caridad. Las piedras del largo pasillo formaban dibujos de flores con cinco pétalos. El cinco es su número de la suerte. Las hermanas le dijeron que cuando hubiera fregado todas las piedras podría comer. El Señor dice que solo las niñas limpias y buenas pueden comer. Entonces era Gabrielle, una huérfana. Aún no era Coco.

Cinco, cinco, cinco... Incluso entonces supo que el número le traería suerte.

Tiembla, vuelve a sentir el frío de aquel pasillo. Está segura de que está tomando la decisión correcta. El dinero es seguridad. El N°5 es su seguridad. Pierre no le ha dejado otra alternativa que luchar por lo que es suyo. Nunca más volverá a fregar suelos para tener comida y una cama.

—¿Mademoiselle?

La voz de Prudone la despierta. Una vez más, es Coco, y los muros que ha construido a lo largo de los años desde Aubazine se levantan a su alrededor.

—Basta de detalles —dice, impaciente—. Vaya a Grasse, por favor, monsieur Prudone. Usted se quedará aquí en Cannes hasta que se firmen los contratos. Nos quedaremos el tiempo que sea necesario.

–Sí, por supuesto.

Charles Prudone recoge su sombrero y se levanta.

–Vengan a mi villa a las diez de la mañana. Eso debería darnos tiempo para firmar y devolver los contratos.

Cuando se marcha, algo suave le roza el tobillo. Empuja la silla hacia atrás y mira a la gata amarilla, que levanta la vista a través de unos ojos de ágata, con remolinos de luz verde y ámbar. Coco se inclina y abraza a La Bohemia. Coco acuna a la gata y le susurra:

–Bien, cariño. Estás a salvo.

Y deja que la felina se acomode en su regazo.

Al rascarle el sedoso pelaje entre las orejas, se da cuenta de que el camarero vuelve corriendo hacia ella.

–Lo siento, mademoiselle –dice el camarero, acercándose a la gata.

Coco niega con la cabeza.

–No. Déjela. Nos entendemos bien.

–Nadie entiende a un gato. –El camarero se ríe–. Y esta es inteligente. Esconde sus pensamientos como una buena ladrona.

–Quizá me la lleve a casa.

Mueve la barbilla en dirección a los hoteles del bulevar.

–Vive en esos callejones, detrás de las cocinas. Es salvaje, mademoiselle; no se quedaría. La Bohemia ansía la libertad de las calles.

Coco acaricia a la gata, contenta. La Bohemia es suave y cálida. Pero el camarero tiene razón.

–Seguiré su consejo, monsieur. La gata seguirá en libertad.

–Su tono es reticente–. Pero, antes de que me vaya, tráiganos un tazón de crema.

Capítulo 2

La Pausa, cerca de Cannes

Primavera de 1940

Esta noche, Coco se sienta en el patio, abrigada por una suave brisa; el aire nocturno está perfumado con los aromas de la lavanda, la mimosa y el jacinto. La brisa marina limpia los pensamientos de la carta que Prudone trajo de París. Antes, cuando el dolor del robo de Pierre aún estaba a flor de piel, había enviado una excusa a Wallis y David en Cap d'Antibes. Sabe que era demasiado tarde para renunciar a una cena con los duques de Windsor. No se espera que uno moleste al antiguo rey de Inglaterra. Pero *c'est la vie*. Hasta que no tenga en sus manos los contratos de Grasse, no descansará.

La villa está situada en un olivar sobre un rocoso promontorio con vistas al Mediterráneo. La Pausa es su refugio. En parte, es un regalo de Westminster antes de su matrimonio. Solo en parte, porque, aunque él compró la propiedad, Coco diseñó la casa y supervisó la construcción hasta el más mínimo detalle, incluso la madera desgastada y la falsa pátina envejecida de cada contraventana, que dan al lugar un aspecto aristocrático, como las chaquetas de *tweed* desgastadas pero bellamente confeccionadas de Westminster. Era la casa que papá habría construido si hubiera... tenido suerte. Si hubiera vuelto.

A la luz de la luna, toca con los dedos los largos collares de perlas, que sustituyen el regalo de Westminster que ahora yace

bajo el mar. Mamá siempre llevaba un collar de perlas ceñido al cuello, hasta que murió de esa tos seca.

Cuando murió mamá, papá llevó a los hermanos pequeños de Coco a trabajar a una granja. Todavía puede ver cómo les latían las piernecitas mientras corrían detrás del viejo granjero, siguiéndole por los campos a la vez que el carro de papá se alejaba cada vez más. Ella los miró hasta que no fueron más que puntitos en la distancia.

Y entonces papá también se marchó.

Abandonó a Antoinette, Julia-Berthe y Gabrielle, dejó a las tres hermanas en la abadía de Aubazine. Había prometido que volvería a por sus hijas en cuanto ganara el dinero suficiente para cuidar de ellas. El recuerdo de aquella noche envuelve a Coco en la penumbra incluso ahora. En la parte de atrás del carro, durante el largo viaje hasta el orfanato, les había dicho a sus hijas adónde se dirigían. Al oír la noticia, Coco se acurrucó en el heno con sus hermanas. Papá les dio manzanas para comer por el camino. Antoinette y Julia-Berthe estuvieron llorando durante horas. Pero Coco se guardó el sufrimiento para ella.

Al anoecer, en la ciudad de Limoges, papá detuvo el carro frente a una tienda. Un cartel colgado en la puerta rezaba COMPRAMOS PORCELANA, PLATA Y JOYAS. Durante un buen rato, papá se quedó muy quieto, sosteniendo el collar de perlas de mamá en la palma de la mano, como si lo estuviera sopesando. Y entonces su cara se retorció, y ella pensó que iba a llorar. Sin embargo, bajó de un salto del asiento del conductor, enderezó la espalda y, con los dedos enroscados alrededor del collar, entró en la tienda.

Coco recuerda la repentina sensación de esperanza que sintió al mirar la puerta. Papá había cambiado de opinión. Vendería el collar a cambio de dinero para construir una casa para todos, en un lugar cálido, con espacio para un jardín. Recuerda la fe-

licidad que la invadió cuando se tumbó en la paja, imaginando el nuevo futuro. Tendrían una vaca y cultivarían verduras. Irían a la escuela y por las tardes los chicos trabajarían y las chicas cocinarían y limpiarían. Papá vendería sus productos en los mercados de los pueblos y volvería a casa todas las noches.

Pero minutos después irrumpió por la puerta, con los hombros caídos y las cejas gachas sobre unos ojos atronadores. Se había acurrucado en el heno. Papá estaba furioso. Mientras desataba la mula, gritó: «¡Shylock!». Ella sintió que el carro se balanceaba con su peso mientras él se encaramaba al asiento del conductor.

–¡Diez francos! –murmuró, tirando de las riendas–. Diez asquerosos francos por sus perlas.

No era suficiente para pagar una casa.

Julia-Berthe levantó la cabeza.

–Papá, ¿por qué le has llamado Shylock?

–Shylock es un ladrón, un judío.

–¡Vuelve, papá! –Gabrielle se incorporó, gritando mientras la desesperación se apoderaba de ella–. Dile al hombre que valen más.

–Silencio, niñas. –La voz de papá era firme, ahogada–. No sirve de nada. –Tiró de las riendas–. Escuchad a papá. Cuando eres pobre, a nadie le importa. Los pobres sufren; es algo que debéis comprender. Decidíos a luchar por todo lo que queráis en la vida. Es la única manera de sobrevivir.

Volvió a escupir hacia la tienda y el carro traqueteó calle abajo.

Las luces del pueblo habían quedado atrás y la carretera se estrechaba. Excepto por el pesado paso de la mula y el golpeteo de las ruedas de madera sobre el camino de tierra, el mundo a su alrededor estaba oscuro y en silencio mientras subían la montaña hacia la abadía. Acurrucada con Antoinette y Julia-Berthe, de pronto comprendió que mamá se había ido para siempre y que papá las dejaría en Aubazine igual que

había dejado atrás a los chicos. Coco comprendió que aquel momento era decisivo.

Contempla el patio de la villa y siente el mismo vacío interior que sintió aquella noche. Es extraño mirar atrás, no se lo permite a menudo. Pero casi puede ver a papá arrastrando los pies por el pasillo y cruzando aquella puerta. Ella lo había observado, esperando que cambiara de opinión. Él nunca miró atrás.

Antoinette, Julia-Berthe y ella pronto se enteraron de que en la abadía las consideraban niñas de la caridad. Las niñas de la caridad eran diferentes de las demás estudiantes, se veían obligadas a ganarse su estancia. Ella había luchado por ayudar a las dos hermanas, pero al final no fueron lo bastante fuertes ni lo bastante luchadoras. Ambas murieron años después por sus propias manos. Y sus hermanos... ¿qué se le va a hacer? Siguen vivos y sin blanca y de vez en cuando escriben y a veces ella les envía dinero. Durante un tiempo tuvo esperanzas, pero al final se dio cuenta de que esa familia ya no existía.

La verdad es que, desde la noche en que papá se fue, ha sabido que estaba sola.

Coco se enciende un cigarrillo y apoya la cabeza en la silla, observando cómo el humo se enrosca en la oscuridad. Le ha ido bien sola. Entonces aún era Gabrielle, dependía de los demás. Ahora, es una mujer hecha a sí misma: es Coco. Ha construido una nueva vida y Gabrielle se ha quedado en el pasado. La verdad de esa pobreza, de esa miseria, sigue siendo su secreto.

Salvo para una persona. Ella se había entregado a él, casi desde el momento en que se conocieron, en cuerpo y alma. El sonido del mar bajo los acantilados de La Pausa la relaja, tira de ella, deja fluir recuerdos peligrosos. El ritmo de las olas es relajante, casi hipnótico: el agua caliente va y viene. Boy Capel, el único hombre al que amará. Cómo había confiado en él.

No. Tira el cigarrillo al suelo y lo apaga con la punta del zapato. Esta noche ya tiene suficientes problemas como para

pensar en Boy Capel. Al levantarse, cruza el jardín hasta el pasillo cubierto que rodea el patio, un claustro que le recuerda a las monjas de la abadía, que subían y bajaban por el pasillo, rezando sus rosarios.

Entra en el dormitorio a través de las altas puertas de cristal que dejan pasar la brisa. Alyce acaba de abrir la cama. Al ver a Coco, sonrío y se marcha con rapidez. Coco se desnuda y se pone una bata de seda blanca que Alyce ha tendido sobre la cama; una de las favoritas de Coco, con tirantes finos y sin ningún adorno.

Se acerca al tocador y se sienta frente al espejo. Ahora que está sola, posa girándose un poco a la derecha. Los fotografías dicen que su perfil es clásico: nariz pequeña y perfectamente perfilada, mandíbula un poco cuadrada, pero fuerte. Un cuello largo y esbelto. La tez aceitunada que heredó de papá, que, según ella, es del color del sol, es un poco más oscura de lo que la sociedad prefiere, pero favorece sus grandes ojos negros bajo las cejas y los rizos cortos y oscuros que enmarcan su rostro. En una ocasión, Boy dijo que no era guapa en un sentido ordinario, sino que era hermosa. Aún está intentando averiguar qué significa eso. Sonríe, agarra el cepillo y, poniéndose de pie, se acerca al espejo.

¿Cuándo aparecieron esas finas líneas de expresión en los rabillos de sus ojos?

Coco apaga todas las lámparas de la habitación excepto la de la mesilla de noche. Mientras se desliza entre la seda fresca de su bata y las sábanas perfumadas con lavanda, busca el libro que dejó anoche sobre la mesilla. El más nuevo de Colette. Suspira y lo apoya en sus rodillas. Colette es una buena escritora, pero una amiga difícil.

Deja de pensar en la historia y vuelve a pensar en la traición de Pierre. En el pasado, cuando Pierre y ella habían discutido sobre sus diferencias en relación con la Sociéte Mademoise-

lle y sus perfumes, siempre habían conseguido mantener la amistad. De hecho, a menudo se preguntaba si Pierre podría estar un poco enamorado de ella. Varias veces, incluso cuando ella ganaba la discusión, él le enviaba un ramo de sus camelias blancas favoritas.

Imágenes del día en que se conocieron surgen en su mente, suavizadas como un cuadro bonito, una impresión. Un día soleado en el hipódromo. Banderas rojas, blancas y azules ondeando al viento, los profundos colores en tonos joya por todas partes, el rico aroma del aire salado del mar en la costa de Normandía.

Pierre era una persona distinguida, alto y esbelto, con el pelo oscuro y la frente despejada. Siempre con una sonrisa. Ella admiraba su estilo: el chaleco a la moda, la corbata impecable y el abrigo de lana fina, el bombín hacia atrás y ligeramente inclinado. Pero sus ojos se llevaban la palma: tenía una mirada profunda, pero con un brillo amistoso, con arrugas en el rabillo. Y sombras oscuras y feroces debajo.

Suspira ante el recuerdo. Siempre le ha parecido imposible leer los ojos de Pierre. ¿Por aquel entonces era un amigo de verdad o su rival?

Cierra de golpe el libro de Colette, lo lanza a un lado y apaga la lámpara. Cuando Charles Prudone regrese de Grasse, firmará cada contrato, lo que sellará el destino de Pierre. Y, cuando sus abogados presenten los documentos pertinentes en el tribunal, ningún juez francés le negará el derecho a la propiedad absoluta de la Société Mademoiselle.

Pero, como siempre que se avecinan problemas, Gabrielle se levanta, siseando en su cabeza.

«Pierre luchará contra ti, ¿y qué haremos si gana el caso con todo su dinero? Volveremos a ser pobres».

Los cálculos le dan vueltas en la cabeza, uno tras otro. Está el coste de su *suite* en el Hotel Ritz, pero el Ritz es su casa. Y

el coste de mantener La Pausa y de mantener lo que queda de la actividad de la Maison.

Coco chasquea la lengua.

«No permitiré que Pierre gane».

Se tumba boca arriba y se queda mirando al techo. Ojalá Boy Capel estuviera aquí ahora mismo. Boy la consolaría, la estrecharía entre sus brazos. Le susurraría que quiere a su pequeña Coco y que no debería luchar tanto todo el tiempo. Le susurraría que Coco es su único amor, para siempre.

Las largas pestañas oscuras de Boy rozan su mejilla. Su aliento le hace cosquillas en el cuello. Cuando empiezan a cerrársele los ojos, la brisa corre por la habitación y la luna pálida ilumina a los amantes. Envueltos el uno en el otro, se sumergen en el hechizo: Coco y Boy. Una vez más, Boy Capel es su amante, padre, hermano, amigo, confidente. Su protector.

Capítulo 3

Compiègne, Château de Royallieu

1904

El día que conocí a Boy en Royallieu, Étienne tenía prisa por llegar a las caballerizas y apenas se detuvo en el vestíbulo del castillo para hacer una presentación corta. Siguió caminando, pero Arthur Capel, al que todos conocían como Boy, se quedó allí, mudo, estudiándome. Sin decir nada, me levantó la barbilla y sus ojos verdes escrutaron los míos mientras yo le devolvía la mirada, a ese hombre tallado en piedra por el Creador y moreno por el sol, como yo. Parecía que podía ver el interior de mi mente, de mi alma. Oí la voz de Étienne vagamente, saludando a alguien en el patio. Arriba, los pasos de una sirvienta resonaban al moverse por el suelo de madera. Pero esos sonidos parecían estar lejos de nosotros, de Boy Capel y de mí. Me sentía embriagada.

Al final habló, cortando la intensidad del momento.

—Así que esta es la pequeña Coco. —Dio un paso atrás, metiéndose las manos en los bolsillos; su actitud cambió a la indiferencia—. Es usted un ángel, y tan bonita como Étienne ha presumido que era. —Cuando sonrió, sus ojos bailaron—. He oído que es la *chanteuse* más popular de Moulins y que le llevó a una gran persecución.

Cuando dejé la abadía a los diecisiete años, Étienne me cortejó desde el escenario de un cabaret en el pueblo de Moulins, no lejos de Aubazine, y me llevó a su finca de Royallieu, a unos

cuarenta y cinco kilómetros al noreste de París. Étienne era alto, guapo y estaba casado, aunque su mujer vivía en otro sitio. Él era rico y yo era joven y pobre, una niña. En Moulins, dejé atrás un trabajo de costura en una sastrería y el canto por las noches a cambio de propinas en el cabaret La Rotonde.

Ah, la emoción de esas noches, las luces brillantes y la música y el baile. Todos los soldados de los cuarteles de Moulins venían a La Rotonde, así como otros jóvenes de la ciudad, que me aclamaban cuando me pavoneaba cantando por el escenario. Me encantaban los hombres y los chicos, el olor a cuero, a humo y a vino y la madera mohosa del viejo escenario de roble. Me llamaban Coco por una canción que cantaba. Y el nombre me caló. Me dije a mí misma que ya no era la pobre Gabrielle.

En Royallieu, por primera vez desde que murió mamá, me sentí segura en un sitio. Gracias a Étienne, ahora tenía mi propia habitación, mi propio espacio, una cama enorme y preciosa con sábanas de seda y montones de almohadas y el placer de dormir hasta tarde. En aquella primera primavera, cuando llegué a Royallieu, me quedaba descansando por las mañanas, contemplando a través de las ventanas abiertas los amplios campos de la finca de Étienne, rebosantes de hierba verde nueva y pacas redondas de heno dorado, y los establos de los alrededores, contruidos con la misma antigua piedra gris que el castillo. Aspiraba los aromas frescos de la hierba recién cortada, del popurrí, de la cera de limón y del pan con levadura que se horneaba en la cocina.

Las tripas me habían sonado durante todo el tiempo que estuve en la abadía. Ahora, si quería, ¡podría comerme una hogaza entera de ese pan! Y todo porque Étienne Balsan me había elegido. Yo era su *petite amie* y este era mi nuevo hogar. Étienne me dijo que podía vivir en Royallieu todo el tiempo que quisiera; para siempre.

Los establos de Étienne eran famosos en toda Europa. Era casi de la aristocracia francesa, culto, si no de sangre, rico por herencia hasta la médula. Me enseñó a montar a caballo, a dirigir una mesa para treinta comensales, a fingir que amaba a alguien a quien en secreto solo consideraba un amigo. Tenía muchas casas y amantes y en algún lugar estaba su mujer, pero no me importaba. Yo sabía que era especial. Cuando sus otras mujeres visitaban el castillo, llevaban vestidos largos con corsés ajustados que les oprimían la cintura. Se maquillaban, llevaban el pelo en complicados tirabuzones bajo el sombrero y cabalgaban de lado. Yo llevaba las viejas camisas de algodón de Étienne, sus pantalones de montar y una chaqueta suya vieja que me arreglé. Por aquel entonces llevaba mi oscura cabellera larga y, cuando montábamos a caballo, la dejaba suelta y al viento. Corríamos. Bromeaba con que cabalgaba como una *banshee*. Yo era Coco, su amante, pero también su amiga. Ya era lo bastante lista como para saber que la amistad suele durar más que el amor.

Fue Boy Capel quien conquistó mi corazón en Royallieu. Siempre iba elegante, sin importar la hora que fuese o la situación en la que se encontrase. Llevaba el bigote recortado y el pelo peinado hacia atrás sobre las orejas de una forma nueva y moderna. Boy era un inglés con gracia e ingenio y dinero que había ganado con el carbón, los barcos y el ferrocarril de Newcastle, una fortuna que había hecho con sus propias manos, no como la de Étienne, que la había heredado de su padre. Boy era encantador, inteligente, rico, estaba soltero y era un atleta. Era un jugador de polo con cinco goles, con cuerdas de ponis y, como Étienne, con retahílas de mujeres. También era astuto y ambicioso, algo que yo había pasado por alto. Boy me atrajo desde el momento en que nos conocimos. Aun así, al principio luché contra la emoción, pensando: «Bueno, he aquí otro hombre rico aficionado a las mujeres coquetas».

Después de aquel día en que nos conocimos, Boy vino a Royallieu casi todos los fines de semana. Empezamos siendo amigos, pero había algo más bajo la superficie que nos unía. Yo lo sentía y notaba que Boy también. Sabía que había algo más profundo en este hombre que aún no me había revelado.

El *château* se llenaba de amigos de Étienne todos los fines de semana. Desde que salía el sol hasta bien entrada la noche, pasábamos el tiempo desayunando, montando a caballo, jugando a las cartas, apostando, bromeando y haciendo el tonto, merendando, cenando, bailando y tomando cócteles en la terraza, y riéndonos mucho. Los hombres traían a sus amantes esos fines de semana, nunca a sus esposas. Boy siempre me elegía como compañera en los juegos y casi siempre ganábamos.

Mis momentos favoritos eran las tardes cálidas, cuando los demás invitados se marchaban y Boy y yo nos sentábamos a solas. Era un maestro nato y yo me quedaba embelesada cuando me hablaba de cosas como la ciencia de las estrellas, la luna y los planetas, de cómo todo en el universo está perfectamente equilibrado. Me encantaba oír esa voz tan controlada, grave y modulada mientras hablaba de otras dimensiones en el tiempo y el espacio. Me enseñó los nombres de las constelaciones y me contó antiguos mitos, historias de dioses, amantes y tragedias. A menudo hablábamos de música, o de arte, o de historia, y siempre, siempre, llevaba la conversación a la filosofía y a otro mundo que él llamaba el «mundo espiritual».

A veces, me sentía estúpida. Yo era católica y estaba familiarizada con las reflexiones sobre el más allá, pero Boy hablaba de otro tipo de espiritualidad. Al principio, fingí que lo entendía. Una noche le pedí que me lo explicara.

Se levantó, se acercó a un muro de piedra que bordeaba la terraza y arrancó una flor de jazmín de la enredadera.

—Mira —dijo, sosteniéndola en alto mientras se volvía hacia mí.

Era una flor común. Me la entregó, acepté la flor y aspiré su fragancia. Cuando volvió a su silla, me observó sonriendo.

—¿Te gusta el aroma, la forma, el color?

Asentí.

—¿La flor te trae recuerdos?

Cerré los ojos, volviendo a inhalar la fragancia, y en el acto me vi transportada al pasado, a una bruma de sol amarillo. Casi podía sentir el calor sobre mis hombros. Iba sentada en la parte de atrás del carro de papá, con mis hermanos y hermanas; íbamos por un estrecho camino de tierra que atravesaba un campo de jazmines con un aroma dulce. Nos dirigíamos a un mercado de verano en algún lugar de la Provenza. Y mamá estaba con nosotros, viva y sentada junto a papá en el asiento de delante.

—¿Lo ves? —intervino la voz de Boy.

Abrí los ojos y dejé la flor en mi regazo mientras asentía.

—Nada se acaba. Aunque las plantas materiales, las flores originales que viste y oliste aquel día, hayan desaparecido, el aroma de las flores permanece. E incluso después de todos estos años la fragancia libera recuerdos impresos en tu mente que están asociados al aroma, trayendo de vuelta esos mismos sentimientos de alegría, de felicidad.

—Sí. Buenos recuerdos —reflexioné sobre ello—. Ahora lo entiendo. De aquellas viejas flores muertas queda algo de verdad. Estás diciendo que el pasado se convierte en presente.

Sonrió, complacido.

—Las plantas materiales se descompusieron hace mucho tiempo. Pero los sentimientos que generaron a través del olor permanecen. Entonces —arqueó las cejas—, ¿de dónde crees que vienen esos sentimientos?

Me quedé mirando el campo iluminado por la luna y dije despreocupada:

—De los recuerdos, por supuesto.

Me encorvé en la silla, estiré las piernas y uní las manos detrás de la cabeza.

Se rio.

–Eso es pensar de forma circular, Coco.

Le miré y observé cómo se sacaba la pipa del bolsillo, junto con el mechero de oro y la bolsa de cuero con tabaco. Me encantaba el olor del tabaco de Boy.

–Bueno, supongo que nunca se me había ocurrido –dije encogiéndome de hombros.

Sentí curiosidad y esperé en silencio mientras él llenaba la pipa, la golpeaba contra la mesa y la encendía.

Luego, dándole una calada a la pipa, habló en un tono que me dijo que esto era importante para él.

–Los sentimientos, al igual que la felicidad que experimentaste con esos recuerdos, no son cosas materiales como la flor o la mesa que hay allí. Los sentimientos no tienen una estructura, son efímeros. Pero, al igual que los recuerdos, son una parte real de cada uno de nosotros.

Me quedé muy quieta, atenta, deseosa de entender.

–Las emociones, los sentimientos, son impulsos del alma, de tu yo interior. Se crean cuando el cerebro recibe información sobre la flor: su color, su forma, su aroma. –El humo de la pipa se curvó hacia el cielo mientras hablaba–. Vienen del mundo espiritual que existía mucho antes de que nacióramos y que continúa tras nuestra muerte. Así que el alma humana, tu yo interior, Coco, no está limitada por las restricciones humanas del tiempo, el espacio o la estructura. Esas partes de ti que son efímeras, como la felicidad que acabas de sentir al oler el jazmín... bueno, puedes acceder a ellas en cualquier momento. Siempre formarán parte de ti.

Levantó la mano hacia las estrellas plateadas.

–Así que, en ese sentido, todos somos eternos. –Se quitó la pipa de la boca y la sostuvo en la mano–. De hecho, incluso

es posible que nuestras almas hayan vivido vidas anteriores en la Tierra.

–Entonces, ¿eres budista?

Sonrió.

–Lo que intento explicar es cómo están conectadas las cosas en el universo.

Hizo una pausa, me miró y yo asentí.

–En cuanto a nosotros, los seres humanos mantenemos una mayor conexión con el mundo espiritual que otros seres vivos, porque nuestros sentimientos nos llevan a tomar decisiones, a actuar mediante la voluntad. Y esas acciones acarrearán consecuencias, que a su vez conducen a más acciones –hizo rodar la mano–, y así sucesivamente hasta la eternidad.

–Pero cuando muera mis acciones cesarán –dije, pensando que ya le había pillado.

Negó con la cabeza.

–Cada uno de nosotros deja una huella al actuar, consecuencias que siguen su curso. Los vínculos con los demás no terminan nunca. Así, en el universo, todo está conectado a través de la eternidad.

Observé el humo que salía de su pipa, preguntándome si el humo vagaría por el universo y el tiempo para siempre.

–¿Entiendes lo que quiero decir? Como nuestras acciones tienen efectos que nunca terminan, debemos reflexionar cuando actuamos. Nuestras elecciones nunca deben ser aleatorias.

«Hasta ahora, mi vida ha sido muy aleatoria», pensé.

Me miró de reojo.

–Coco, si abres la mente, empezarás a entender. Si quieres, puedo darte libros para que los leas.

–Sí –dije–. Me encantaría.

Cómo quería entender esta idea que Boy creía y amaba. Boy Capel era tan diferente a Étienne, a cualquier hombre que hubiera conocido...

Dejó la pipa sobre la mesa y se arrodilló ante mí. Me tomó la cara entre las manos, estudiándome, como memorizándome. Entonces, sus labios tocaron los míos, fue un beso largo y profundo que me provocó pequeñas explosiones de luz, como la efervescencia de un buen champán. A partir de ese momento, supe que estaba perdida. Estaba perdidamente enamorada de Boy.



Pasó un mes entero antes de que Boy se convirtiera en mi amante. Todos tenemos puntos de inflexión en nuestras vidas, un momento que lo cambia todo, tu futuro, incluso cómo te sientes respecto a tu pasado. Que papá me abandonase en la abadía fue uno de esos momentos. Enamorarme de Boy fue otro. Ese día, cabalgamos juntos por los campos de Étienne hacia el bosque de Compiègne, a unos dos kilómetros. Flost, mi alazán, estaba inquieta, con ganas de correr, pero, al llegar a la linde del bosque, Boy aminoró el paso de su caballo y le indicó un camino que se adentraba en un mar de delicadas hayas plateadas. Había cabalgado por allí muchas veces. Pero, mientras seguía a Boy por el sendero sombreado que se abría paso entre los árboles, sentí que entre nosotros ocurría algo maravilloso.

El aire era fresco, estaba cargado del penetrante aroma de los pinos silvestres y las hojas húmedas. La luz verde claro brillaba a través de las copas de los árboles mientras cabalgábamos. Nuestro silencio solo se veía interrumpido por el canto de los pájaros, con algún silbido lastimero de un pájaro carpintero negro, y el corretear de zorros, conejos y otros animalillos entre los arbustos. Entre las hierbas altas y verdes que bordeaban el sendero crecían volutas de diminutas flores silvestres de color azul, amarillo y escarlata.

—Hay un sitio que quiero enseñarte—dijo Boy cuando llegamos a un pequeño claro en una zona iluminada por el sol—. Sígueme.

Tras empujar su montura hacia la derecha, abandonamos el sendero y cruzamos el claro para adentrarnos en los árboles del otro lado. Oí el rumor del agua en un arroyo. Los caballos se dirigieron hacia el sonido.

Nos detuvimos cuando lo vimos, el agua cristalina brillaba al sol al caer desde un saliente rocoso a un estanque de piedra caliza.

—Es precioso, ¿verdad?

Boy se retorció en su montura, mirándome. Cabalgué a su lado. Llevaba más de un año cabalgando por el bosque y nunca me había topado con aquel lugar.

Desmontamos y atamos los caballos a un arbusto. Estuvimos un rato sentados en una roca plana al borde del arroyo hablando y observando el espectáculo de agua y luz, las lentejuelas plateadas y doradas que bailaban sobre las burbujas. El corazón me latía con fuerza, porque sabía lo que iba a pasar. Y lo deseaba.

Boy me puso las manos sobre los hombros y me volvió hacia él. Los sonidos del bosque se desvanecieron cuando nos miramos a los ojos. Me acunó la cara entre las manos y me besó. Al principio, sus labios acariciaron los míos con suavidad, luego se movieron con más intensidad cuando su lengua me exploró, separó mis labios y yo respondí, sintiéndome débil bajo su contacto. Me levantó y le rodeé el cuello con los brazos mientras me llevaba a una zona verde cubierta de musgo, bajo un árbol, y me tumbaba entre las raíces que sobresalían de la tierra. Me estremecí cuando se acomodó a mi lado, apoyado sobre un codo, mientras su otra mano me rozaba los pechos y el vientre con suavidad, y entonces abrí los brazos hacia él. Necesitándolo.

Sonrió, y sus ojos se clavaron en los míos mientras sus manos me abrían los botones de los pantalones de montar, lo que pareció durar una eternidad, y luego, cuando me los quitó,

recuperé el aliento y levanté los brazos, ansiosa, tirando de él hacia mí, y nos fundimos el uno con el otro en aquel bosque silencioso, donde no existía nada más que Boy y yo.

Estaba enamorada de Boy. Y después de ese día, confié plenamente en él. El mejor amigo de Étienne juró que también me amaba, después, y una y otra vez. Mantuvimos nuestra aventura en secreto. Aun así, me dije que a Étienne le daba igual perder a una pequeña amante. Además, la bella y afamada coqueta Émilienne d'Alençon también residía en Royallieu. Étienne llevaba más de una semana sin venir a mi habitación. Pero no se lo dijimos. No en ese momento.

Llegué a Royallieu siendo una chica pobre y me guardé el pasado solo para mí, a excepción de Boy. Cuando me preguntaban, siempre decía que me habían criado dos tías viejas y estrictas en su casa cerca de Moulins. Al principio, le conté esa historia a Boy, como a todo el mundo. Cuando le confesé la verdad, después del día en que hicimos el amor por primera vez, Boy me confesó que estaba sorprendido por que hubiera fabricado mi pasado de principio a fin.

Mentiras, así llamaba a mis historias.

Yo decía que eran mentiras piadosas. Boy nunca llegó a entenderlo. Una mentira requiere la intención de engañar. Mi único propósito al ocultar mi pasado era sobrevivir. Buscaba el respeto de mis amigos, no la lástima.

Se lo dije. Le dije que solo mentía cuando algo era importante.

Capítulo 4

La Pausa, cerca de Cannes

Primavera de 1940

Después de una noche en vela, Coco está impaciente por el regreso de Charles Prudone de Grasse. Sentada en su despacho, trabaja en la carta que ha empezado para René de Chambrun, su abogado en París, en la que describe el robo de la fórmula del perfume por parte de Pierre. «Ha llegado el momento de hacer justicia», escribe; requiere su asistencia. Hacerse con el jazmín no es suficiente. También tiene que tomar el control de la Société Mademoiselle. Ni siquiera Pierre Wertheimer, a pesar de su riqueza y poder en el mundo de los negocios, es inmune a la ley.

Sí, ella tiene un buen caso. Empezará a luchar de inmediato con la firma de los contratos con Grasse en cuanto llegue Prudone. Levanta la vista, apoya los codos en el escritorio y descansa la barbilla sobre las manos. Este lado de la villa da al mar. Las puertas y las ventanas están abiertas para que entre la brisa, que es fresca y estimulante, justo lo que ella necesita para calmar su impaciencia.

Oye la voz de Alyce al fondo del pasillo, seguida de la de Prudone. Por fin. Coco se endereza en su silla, vuelve a colocar la pluma estilográfica en su soporte de ónice y guarda la carta en un cajón. Esta tarde viajará a Grasse con Prudone para ultimar los contratos y organizar el envío del absoluto a Neuilly. Coco sonríe y se reclina en el asiento.

El director Prudone aparece en la puerta, sombrero en mano.
 –Buenos días, monsieur Prudone. –Coco extiende la mano–.
 Deme los contratos. Los leeré rápido y volveremos juntos a
 Grasse para la firma.

Pero en ese mismo instante sus ojos se desvían hacia el sombrero que tiene en las manos, por lo demás vacías. ¿Dónde está el maletín? ¿Dónde están los documentos? Confundida, retira la mano.

El director Prudone frunce el ceño.

–Lamento admitir que vengo con malas noticias, mademoiselle.

Coco no puede hablar.

–Es tal y como me temía –dice–. A tan solo dos meses de la cosecha de verano, llegamos demasiado tarde. Según dicen, todos los cultivos de jazmín de la zona están asignados. Los contratos para la temporada se firmaron hace meses. De entrada, dicen que los suministros son limitados debido a la movilización de la guerra. Incluso tienen dificultades para contratar recolectores este año.

Volviendo la mirada hacia las puertas abiertas, Coco contempla el agua de color azul pálido que se extiende hacia el horizonte. Hoy puede ver el reflejo en ella de las nubes blancas que hay en lo alto. Este día tan bonito se ha echado a perder.

–Lo siento, mademoiselle.

Se pone rígida al oír el tono de compasión en su voz y se gira, lanzándole una mirada fría a Prudone. No lo permitirá. Nadie se compadece de Chanel.

–¿Ha visitado todas las perfumerías? ¿Les ha dicho lo que estoy dispuesta a pagar a esos viejos de Grasse? –Él abre la boca, pero ella levanta una mano–. No creo que rechacen esa cantidad de dinero. No habrá sido muy claro. ¿Les dio nuestra oferta más alta?

–Sí, mademoiselle. Nadie cedió. Su oferta era generosa, claro

está. Pero parece que el dinero no supuso ninguna diferencia. Insisten en que todos los suministros están bajo contrato. Dicen que están comprometidos. Dicen que tienen marcas que proteger. –Sus ojos se desvían hacia las puertas, como si contemplara la posibilidad de escapar mientras continúa–. A algunos incluso les ofrecí más del doble del precio ordinario del contrato. Insistí mucho. Pero se negaron.

Coco apoya las manos en el borde del escritorio, mirándole. Debe de haber algún error. Nunca debería haber enviado a un subordinado a hacer este trabajo. Volverá a Grasse de inmediato. Los ancianos no rechazarán una petición personal de la mujer que creó la Casa Chanel, de la mujer que concibió el N°5.

–Regresará a París de inmediato, monsieur Prudone –dice, pulsando el timbre para llamar a Alyce.

Ella es una leyenda en el mundo de la moda y el perfume. Se ocupará de este problema ella misma; al parecer, tiene que ocuparse de todos los problemas serios en este negocio. Aunque la idea de ir a Grasse, sombrero en mano, le resulta insoportable.

–Le necesitan en la Maison, en la Rue Cambon, monsieur Prudone. Iré a Grasse en persona. De camino le dejaremos en su hotel de Cannes.

–Como desee, mademoiselle.

Detrás de él, Alyce aparece en la puerta. Coco ordena que traigan el coche enseguida.



En el asiento trasero de un Daimler negro con la capota burdeos brillante, Coco da instrucciones a Jacques, su chófer de la zona, para que se detenga primero en el Hotel Majestic antes de continuar hacia Grasse. Aprieta los labios, temerosa

del viaje. Pero es inevitable, no solo para vengarse de Pierre, sino también porque una vez que tome el control de la empresa debe garantizar un suministro continuo de aceite de jazmín para la planta de Neuilly.

Incorporándose al bulevar de la Croisette en un desfile de vehículos que apenas se mueven, el tráfico se vuelve más lento a medida que se acercan a Cannes. Aburrida, irritada, Coco contempla las largas manzanas de hoteles, tiendas y cafés a su derecha y el mar a su izquierda. Le llama la atención una tienda por la que pasan, con un cartel sobre la puerta que dice que es la CASA BESSE. Debajo están escritas las palabras PROVENCE PARFUMS. Mira el cartel por encima del hombro. Nunca ha oído hablar de ella.

A su lado, Prudone contempla a la multitud.

—¿Qué ocurre?

Jacques gira la cabeza mientras el coche avanza.

—El tren de París acaba de llegar. He oído que han reservado todos los hoteles de la costa. Dicen que esta vez los alemanes vienen de verdad. ¿Qué opina usted, monsieur?

—Los derrotamos en 1918 y volveremos a hacerlo si son tan tontos como para intentarlo. Pero supongo que tendré margen suficiente para viajar hoy de vuelta a París.

—Qué disparate —dice Coco—. Los alemanes no nos invadirán; son nuestros primos. —Esboza una sonrisa. Habla con un tono despreocupado, a diferencia de su estado de ánimo actual—. Además, tenemos la Línea Maginot. Nuestros hombres están preparados.

La calle que precede al Hotel Majestic está bloqueada por filas de vehículos aparcados de un lado a otro y de punta a punta. Los gases ahogan el aire. Jacques se quita la gorra y se restriega la frente.

—Tendremos que esperar para llevarle a la acera, monsieur.

Coco observa a los chóferes y a los botones que sacan baúles

y maletas de los coches y los llevan hacia la entrada del hotel. En la acera se amontonan hombres con bombín, traje y corbata, hablando mientras sus esposas, hijos y niñeras pululan a su alrededor.

–Esto puede llevarnos toda la vida.

Prudone se vuelve hacia ella.

–Creo que es mejor que me deje aquí, mademoiselle.

–Sí, supongo. Espero que tenga todo bajo control en la Rue Cambon cuando regrese a París. Pronto, espero. –Coco le echa un vistazo a su reloj–. Como siempre, sea discreto, monsieur Prudone. No responda a preguntas sobre mis negocios aquí.

–Por supuesto que no, mademoiselle.

El coche se detiene. Coco baja la voz.

–Y revise el inventario en Neuilly. Use la excusa que quiera, pero necesitaré saber cómo están las cosas cuando regrese. Pida también lo que necesitamos para la *boutique*. Si alguien en la fábrica se queja, deje claro que está siguiendo mis órdenes.

–Sí, mademoiselle. –Prudone sale y, tras cerrar la puerta, se gira y se quita el sombrero–. Buena suerte en Grasse.

La carretera hacia Grasse queda atrás. Jacques maniobra con el Daimler entre el tráfico y hace girar el coche hacia el otro lado del bulevar. Coco se queda en silencio, pensando en la pequeña perfumería por la que habían pasado de camino a la ciudad: la Casa Besse. Si el perfumista es local y vende sus propias fragancias, quizá también cultive su propio jazmín. Tal vez no necesite a Grasse. Tal vez ese pequeño agricultor apreciaría la oportunidad de vender un excedente a la Casa Chanel.

Jacques mira por encima de su hombro.

–¿A Grasse, mademoiselle?

Ella se inclina hacia delante.

–Todavía no. Hay una tiendecilla por ahí... justo a la izquierda. Sí, ahí. Quiero parar.

En la acera, Coco observa los escaparates de perfumes. Cuan-

do abre la puerta, se escucha una campanilla. La sala de exposición está bañada por el sol y desprende un aroma limpio y claro, como el lino cuando se seca con la brisa: la esencia de la Provenza.

De una puerta en la parte trasera de la tienda aparece una mujer joven.

–Hola, madame –dice sonriendo y extendiendo las manos–. ¿Puedo ayudarla?

Coco se toca el cuello blanco, suave, y mira a su alrededor. La tienda está bien surtida.

–Me gustaría probar algunas fragancias. Algo con una buena nota de jazmín, pero no demasiado dulce. –Inclina la barbilla–. No una sola flor. Algo más complejo.

La chica sonríe, murmurando que tiene varios artículos; uno en particular.

–Por favor, acompáñeme –dice, dirigiéndose a un mostrador al otro lado de la sala.

Coco la sigue, pasando la mano enguantada por el cristal. Mientras la dependienta saca frascos de perfume de un estante bajo detrás del mostrador, Coco inspecciona las yemas de sus dedos. Los guantes están limpios. Deja el bolso sobre el cristal, a la expectativa.

La dependienta coloca cuatro frascos sobre el mostrador y saca un puñado de pequeñas tiras de papel absorbente que están en un frasco situado en un estante que tiene detrás. Al quitar la tapa de cada frasco, moja una tira con el perfume y se la da a Coco.

Coco agita las tiras despacio bajo su nariz, una tras otra. Pasan unos segundos y repite el proceso, esta vez esperando más tiempo antes de pasar a la siguiente tira. Sí, es justo lo que le había parecido. El último aroma es el que destaca. Ligerero y no demasiado dulce, con un fondo de jazmín y rosa. Y detecta también toques de flor de cananga, flor de azahar, salvia, bergamota,

madera de cedro y apenas una pizca de iris. Es una composición magnífica. Exactamente lo que necesita y, se sorprende, es casi tan elegante como el N°5. El perfumista tiene talento.

–Me llevaré este. –Apoya la yema del dedo en el último de la fila–. Un frasco.

La chica asiente y sonrío.

–Es una buena elección. Provence Amour, mi favorito. Pensé que le gustaría. –Hace una pausa–. Cuesta veinte francos.

Mientras Coco abre su bolso, usa un tono casual.

–¿El perfumista es de aquí?

La chica saca un pañuelo blanco de la estantería que tiene detrás.

–Sí, mademoiselle. –Envuelve el frasco y lo anuda con una fina cinta de raso antes de entregar el paquete a Coco–. La familia tiene una granja cerca de Grasse.

–¿Así que cultivan sus propias flores?

–Oh, sí. Besse es una antigua familia de perfumistas de esta región. Generaciones de...

–Me gustaría conocerlo, al perfumista.

–No sé nada sobre eso. –Se retuerce las manos–. Nadie ha preguntado antes. Monsieur Besse no viene a menudo a la ciudad, así que no le conozco bien.

Coco se esfuerza por ocultar su impaciencia.

–Mañana me voy de Cannes a París, pero debo reunirme con él antes de irme. Esperaré mientras le llama. Pregunte, por favor. Soy Gabrielle Chanel, de la Casa Chanel de París.

La mano de la chica vuela a su boca.

–Oh, claro, por supuesto.

–Dígale que me gustaría verle hoy, si es posible.

–Sí, madame... oh, mademoiselle Chanel. Llamaré de inmediato.

Dándose la vuelta, la dependienta se marcha a toda prisa a la parte trasera de la tienda. Los minutos pasan y, con un suspiro,

Coco deja sus cosas sobre el mostrador. Una llamada telefónica de Cannes a una granja puede demorar un poco, incluso hoy en día. Desde detrás de la puerta, oye a la chica hablar en voz baja por teléfono.

Por fin reaparece la dependienta. Dice que mademoiselle Chanel puede visitar la granja esta tarde si así lo desea.

–De acuerdo. –Coco sonrío a la dependienta. Ha encontrado una fuente independiente de jazmín. Pierre debería echarse a llorar–. Necesitaré indicaciones. ¿A qué distancia está la granja?

–A unos cuarenta kilómetros, mademoiselle. –En un trozo de papel, la chica esboza un mapa–. Conduzca hacia el norte. No muy lejos de Cannes, pasado Mougins. Pero antes de llegar a Grasse debe girar hacia el oeste, aquí. –Señala el papel con el bolígrafo–. La granja de los Besse se encuentra al otro lado del pueblo de Fleur. Hay un cartel en la entrada. Si llega a Bargeman, se habrá pasado.

Coco acepta el mapa, recoge su bolso y su paquete, le da las gracias a la dependienta y se marcha. Qué suerte; por la calidad de los perfumes, está segura de que este granjero produce sus propios absolutos. Es de la vieja escuela, un perfumista que controla cada paso de la composición, desde el primero hasta el último. Comprará toda la esencia de jazmín que tenga en *stock* y la utilizará para producir el N°5 en Neuilly.

Al diablo con Grasse y Pierre.